

Cuando en teoría literaria se enseñaba el tango

Roberto Retamoso*

Sobre anomalías y otras cuestiones

Alguna vez se dijo que el kirchnerismo era una anomalía histórica (Foster, 2013). Si el sentido de *anomalía*, tal como lo define la Real Academia, supone en primer lugar una *desviación o discrepancia de una regla o de un uso*, podría decirse entonces que no sólo el kirchnerismo sino el peronismo en su conjunto representa una anomalía de ese tipo.

Desde esa perspectiva, cada una de sus etapas, o de sus realizaciones históricas, pueden concebirse como anomalías respecto de los usos y reglas que determinan, a lo largo del siglo veinte y del actual, lo que el sentido común dominante considera *normal* para la sociedad argentina.

Tal vez la única de esas realizaciones o etapas que resistiría esa calificación sea el menemismo, pero su percepción como no-anómalo en el plano económico no impide que se lo considere anómalo en muchos otros sentidos (cultural, social, sindical, e incluso político).

* Roberto Retamoso es graduado en Letras y Doctor en Humanidades y Artes, mención Literatura, por la Universidad Nacional de Rosario. Es profesor en las carreras de Letras y Comunicación Social de dicha universidad y en el Instituto Cossettini. Ha publicado los libros *La Dimensión de lo Poético*, *Figuras Cercanas*, *Oliverio Girondo: el devenir de su poesía*, *Preguntar del Hijo*, *La Primavera Camporista* y otros poemas, *Apuntes de Literatura Argentina* y *El Discurso de la Crítica*.

robertoretamoso1@gmail.com

Las otras experiencias históricas del peronismo, por el contrario, admiten sin ninguna duda esa calificación. El peronismo histórico, desde ya, del que no es necesario enunciar las razones por las cuales puede concebirse, como el kirchnerismo, en términos de anomalía.

Pero si hay otro momento del peronismo donde la idea o el sentido de anomalía parecen teñir todo, ése es el momento del peronismo camporista, esos meses intensos que van desde marzo hasta julio de 1973. Porque lo que en el kirchnerismo aparece como desviación de las reglas y los usos vigentes, en el camporismo se muestra como una versión mucho más radical, intensa y profunda de algo anómalo que tan sólo pudo ser en la fugacidad temporal de su emergencia y consumación histórica.

No es el propósito de este trabajo describir el conjunto de los aspectos donde ese fenómeno se manifestó. Lo que sí importa, en función del asunto propuesto, es señalar las maneras y las formas en que se reveló en las universidades, uno de los campos fundamentales donde el camporismo se plasmó por aquel entonces.

2. De la isla democrática a la universidad nacional-popular

La universidad camporista se basó en un corte profundo con la tradición liberal que regía las universidades nacionales (tradición liberal y reformista cabría decir, para ser más precisos).

El golpe de 1955 removió de la universidad a numerosos profesores y autoridades que adherían al peronismo, y repuso la institucionalidad alentada por el reformismo, basada en el co-gobierno y la autonomía universitaria. Esa institucionalidad se proyectó a lo largo de una década (1955-1966) en la cual, de manera paradójica, la universidad se regía por principios democráticos, mientras que en la vida nacional esos principios eran ignorados o vulnerados, por medio de reiteradas intervenciones militares que deponían gobiernos civiles como el de Frondizi, o por proscripciones del peronismo en ocasión de las elecciones de Frondizi e Illia para la presidencia de la república.

Fue por ello que la universidad de esa década fue definida, por el peronismo, como *isla democrática*.

De todos modos, es innegable que esa universidad desvinculada de la auténtica vida nacional promovió un desarrollo importante en el plano de la ciencia y la investigación, tanto el área de las ciencias exactas y naturales como en el de las ciencias sociales y las humanidades.

Y quizás por esa razón, el golpe que vino a poner fin a esa década de gobiernos débiles pero basados en algún tipo de legalidad, arremetió también contra la universidad, a la que intervino brutalmente una noche de julio de 1966 recordada como *la noche de los bastones largos* [1].

Sin embargo, los sueños ordenancistas de aquella dictadura militar -tenemos objetivos pero no plazos, afirmaban sus líderes-habrían de desvanecerse a poco de andar su proyecto. El punto de inflexión puede situarse entre 1968 y 1969. En 1968 el sindicalismo opositor al gobierno crea la CGT de los Argentinos, conducida por Raimundo Ongaro y cuyo periódico dirigió Rodolfo Walsh, una central sindical que hizo de la confrontación con la dictadura su línea de acción política. Y en 1969 se producen las grandes movilizaciones populares de carácter insurreccional que ponen en jaque al gobierno dictatorial: el Cordobazo, el Rosariazo, el Correntinazo, por mentar las más destacadas. Cabe recordar, además, que en 1970 surge la organización Montoneros, que junto con las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) constituirían el brazo armado del peronismo combativo y revolucionario.

En ese contexto, la vida universitaria experimentaría un proceso de radicalización y nacionalización de sus claustros. Esto significa que, en el seno de una institución regida por principios liberales y reformistas, se gestó una tendencia que buscaba enlazar la vida académica con la práctica y la experiencia de las grandes mayorías nacionales.

Así, importantes sectores del profesorado y del estudiantado iniciaron un proceso de *peronización* que habría de desplegarse de manera exponencial. Y si bien ese proceso tuvo múltiples y diversas manifestaciones, en este caso nos interesa recordar puntualmente una de ellas, la de las *cátedras nacionales* en la Universidad de Buenos Aires. Esas cátedras se constituyen en pleno Onganiato, como una respuesta a las tendencias teóricas, académicas y pedagógicas dominantes no sólo en ese momento sino a lo largo de la historia moderna de las universidades argentinas. Nacen en la carrera de Sociología, que pertenecía a la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, siendo sus exponentes más representativos profesores como Justino O'Farrel, Gonzalo Cárdenas, Alcira Argumedo, Amelia Podetti, Roberto Carri, Gunnar Olson y Horacio González.

Si hubiese que caracterizar la perspectiva ideológica, teórica y política de las cátedras nacionales, se podría decir que sostenían posiciones latinoamericanistas y nacionalistas, a partir de un nacionalismo de contenido popular y revolucionario. Por ello, la bibliografía con la que trabajaban incluía desde Marx y Gramsci hasta Sartre, Mao Tsé Tung, Fanon o Marcuse, y autores argentinos como Jauretche y Hernández Arregui.

Pero más allá de la bibliografía -o en todo caso, como consecuencia de ella- esas cátedras eran no sólo un laboratorio de ideas alternativas sino además, y esencialmente, de acciones contestatarias y revolucionarias: las cátedras nacionales lograron sacudir, fuertemente, los modos de vida de la universidad argentina, despertando su potencial cultural, social y político para plegarse al proceso de lucha anti-dictatorial que venía desarrollándose a lo largo y ancho de todo el país.

De manera que esa peronización de las universidades no fue otra cosa que la adecuación, o la correspondencia, de la vida académica respecto del proceso social y político en curso. Ese proceso tendría su resolución con el triunfo peronista de marzo de 1973, que consagraría a Héctor Cámpora como presidente de los argentinos.

3. La experiencia nacional-popular en las universidades

Por razones complejas y no necesariamente homogéneas, el gobierno camporista no repuso la institucionalidad reformista en las universidades, y se limitó a mantenerlas intervenidas.

De todos modos, esa intervención supuso diferencias sustanciales respecto de la intervención militar. Se modificaron planes de estudios y programas curriculares, se promovió la participación política del estudiantado dentro y fuera de la universidad, se elaboraron programas de extensión por los cuales la vida académica se proyectaba en la comunidad de diversas maneras (servicios, tareas comunitarias, investigaciones), y se designaron docentes que representaban esa perspectiva nacional, popular y latinoamericana.

Ello significó un corte abrupto en relación con la universidad de la dictadura, pero también con la tradición reformista. Porque si bien las autoridades universitarias continuaban siendo establecidas por el gobierno nacional a través del Ministerio de Educación, quienes eran

nombrados para desempeñarse al frente de rectorados y decanatos de facultades generalmente respondían a las propuestas e intereses de los claustros docentes y estudiantiles.

No resulta inexacto, por ello, decir que la democracia indirecta y delegativa de la universidad reformista fue sustituida por una democracia directa y plebiscitaria. En todas las facultades se realizaban asambleas de docentes y estudiantes en las que se debatían y aprobaban reformas de planes de estudio, programas de nuevas asignaturas o seminarios, y la designación de profesores y autoridades de los institutos universitarios.

Así, la vida universitaria se mostraba atravesada por tensiones o contradicciones que actualizaban la lucha entre un orden conservador (dentro y fuera de la universidad) y el intento de establecer un orden revolucionario.

La experiencia de la universidad camporista resultó, en ese sentido, una experiencia inédita y radical como nunca la hubo en la historia de las universidades argentinas. Lo que tuvo de intenso lo tuvo de fugaz, puesto que a partir de la muerte de Perón en 1974 se iniciaría un proceso de hostigamiento hacia ella por parte de diversos estamentos del gobierno, acompañado por ataques violentos por parte de los grupos parapoliciales que asolaron el país a sangre y fuego.

Esa tendencia se consolidaría con la nueva dictadura militar encabezada por Videla, Massera y Agosti a partir de marzo de 1976, con su secuela de represión cultural y represión ilegal y clandestina de trabajadores, profesionales, estudiantes e intelectuales, que culminaría con la desaparición forzada de 30.000 compatriotas. Ello significaría un nuevo ciclo oscurantista para la universidad, donde una intervención de carácter policial se complementaría con la represión de los claustros, y la desaparición de numerosos docentes y estudiantes en todo el país.

El retorno a la democracia en 1983 puso fin a ese proceso que asoló a las universidades argentinas durante la dictadura genocida. A partir de entonces se repuso la institucionalidad reformista vigente hasta hoy, basada en un funcionamiento democrático en lo formal, aunque muchas veces desvirtuada en los hechos por prácticas escasamente democráticas (contubernios, roscas, dádivas, medidas clientelares).

Por otra parte, el nuevo democratismo reformista en la universidad significó, hasta ahora, una suerte de *forclusión* de la experiencia camporista [2]. De ella no se volvió a hablar -salvo

contadas excepciones- dado que, para el imaginario liberal-reformista, forma parte de uno de los dos demonios reprobados por la cultura socialdemócrata dominante en la universidad, desde el alfonsinismo hasta nuestros días.

4. De cómo en Teoría Literaria enseñábamos tango

La experiencia de la Universidad Nacional de Rosario durante el camporismo -e incluso más allá de ese ciclo, puesto que continuó hasta fines de 1975- no difirió respecto de lo que ocurrió en el resto de las universidades estatales.

No es necesario, por ello, referir las características generales de ese fenómeno. Sí resulta importante, por el contrario, comentar la experiencia de la carrera de Letras, perteneciente a la Facultad de Filosofía, puesto que allí se produjo lo que anuncia el título de este trabajo.

A partir de 1973, y bajo el gobierno de los primeros decanos designados por el rector-interventor de la Universidad Nacional de Rosario, fueron nombrados directores de la Escuela de Letras Ernesto Goldar, Humberto De Luca y, finalmente, Juan Sasturain.

Al mismo tiempo, desde el movimiento estudiantil -hegemonizado como en casi todo el país por la Juventud Universitaria Peronista (JUP)- se llevó adelante un proceso de cuestionamiento de los profesores impuestos por la dictadura de Onganía. Como muchos de esos profesores habían sido designados por medio de concursos públicos de antecedentes y oposición, no podían ser removidos de sus cargos al estar amparados legalmente por ese origen. Por ello, la estrategia adoptada por el movimiento estudiantil consistió en aislarlos, promoviendo cátedras paralelas ocupadas por docentes propuestos por los estudiantes.

Así fue como dictaron esas cátedras paralelas profesores provenientes de la UBA y otras universidades metropolitanas, como Eduardo Romano, Ángel Núñez, Enrique Olivera, Humberto De Luca, Eduardo Sinnott y el propio Sasturain.

Quien suscribe este trabajo tuvo la oportunidad, siendo todavía estudiante del grado, de desempeñarse como auxiliar-alumno en la cátedra de *Teoría Literaria*, justamente a cargo de Juan Sasturain, durante 1974 y 1975.

Vista desde hoy, la actividad de esa cátedra resulta, por lo menos, sorprendente. *Teoría Literaria* era una asignatura inspirada, evidentemente, en la cátedra de *Introducción a la Literatura* dictada por Aníbal Ford en la UBA en 1973, y por ello su programa suponía un quiebre radical en relación con las formulaciones de la materia que habían existido hasta entonces.

¿Cuál era la perspectiva de *Teoría Literaria* en aquel momento?... Podría decirse que, en consonancia con los lineamientos generales de las cátedras nacionales de la UBA, *Teoría Literaria* abordaba el tratamiento teórico de la literatura desde un enfoque que llevaba a reformular el concepto de *literatura* tanto como el de *cultura*, a los que se concebía como indisolublemente ligados. Porque la cultura, para la visión de la cátedra, no se limitaba al campo de las manifestaciones tradicionalmente asociadas a ella (alta literatura, música y teatro clásicos, etc.), ya que abarcaba, además, el amplio mundo de las culturas populares. Junto con ello, ampliaba además el concepto de literatura, puesto que practicando la misma operación incluía en su campo toda suerte de relatos populares (folletín, novela de aventuras y policial, letra de canciones populares, textos de periódicos y revistas), tradicionalmente ignorados por los estudios universitarios. Por ello, no resulta incorrecto afirmar que esa perspectiva, establecida por Aníbal Ford en Buenos Aires y retomada por Juan Sasturain en Rosario, constituía una verdadera anticipación de lo que se conocería luego en el país -ya en los años ochenta- como *cultural studies* [3].

En los años que participamos de la cátedra, trabajamos un programa cuyos enunciados hablan por sí mismos. La parte final de ese programa ilustra cabalmente lo que hasta acá venimos exponiendo:

5. Literatura, Cultura y Dependencia: El campo cultural. Su extensión. Cultura e ideología. Concepto operacional de cultura. Propuestas culturales y propuestas políticas. Literatura, cultura y dependencia.

6. Crítica literaria y crítica político-cultural: Análisis de un texto literario a la luz de las propuestas precedentes.

7. Parte especial: la literatura no reconocida:

La historieta: la obra de Oesterheld

La crónica y el cuento deportivo: la obra de Ricardo Lorenzo (Borocotó)

La canción popular: la obra de Cátulo Castillo.

Si por una parte se trataba de ampliar el concepto de cultura, situándolo además en el contexto de una estructura nacional dependiente, por otra parte se trataba de trabajar sobre géneros, autores y obras *no reconocidos*, como es el caso de la historieta, la crónica y el cuento deportivo, o la canción popular, a partir de autores como Oesterheld, Borocotó y Cátulo Castillo.

¿Ello suponía, acaso, un bastardeo, una degradación de la noción de *literatura*, para subsumirla en el campo contaminado de los géneros y relatos propios de una cultura de masas?... Seguramente hubo quienes lo vieron así. Pero la praxis real, la experiencia concreta de proponer semejantes contenidos representó, para nosotros, la comprobación palpable y concreta de lo correcto de nuestros propósitos. Aún recordamos, con la distancia y -por qué no- la nostalgia que ello supone, la respuesta de los estudiantes un sábado por la tarde -día en el que también dábamos clase- al escuchar, en un grabador donde corría un casete que llevamos con esa finalidad, los versos de *Sur* cantados por Edmundo Rivero. O los debates que suscitaba el análisis de *Operación Masacre*, al igual que la reflexión semiológica acerca de los cuadros en blanco y negro -auténticos claroscuros- de *El Eternauta*, ilustrado por Solano López.

Esa práctica iconoclasta, subversiva -en el sentido cabal del término, no en su acepción denigratoria [4], no era privativa, en Rosario, de la cátedra de *Teoría Literaria*. El programa de la cátedra de Literatura Argentina, a cargo de Eduardo Romano en 1975, contenía una unidad que decía: "La Argentina posterior al 55. Neocolonialismo económico y cultural. El renacimiento de la intelectualidad liberal. Breve caracterización del frondi-figerismo. Dos ensayos precursores: 'Los profetas del odio' e 'Imperialismo y Cultura'".

Allí, como se advierte a primera vista, se planteaba asimismo la cuestión de la dependencia en términos de *neocolonialismo económico y cultural*, y se trataba autores como Arturo Jauretche y Juan José Hernández Arregui. Además, en la bibliografía de la materia aparecían los nombres de John William Cooke, Raúl Scalabrini Ortiz y Juan Domingo Perón.

Probablemente, para la sensibilidad y el sentido común de aquellos que no comulgaban con la revolución camporista, era mucho. Y no podía durar demasiado. Hacia octubre de 1975 se produjo un brusco relevo de autoridades en la Universidad Nacional de Rosario y en la Facultad de Filosofía, donde aparecieron funcionarios que presagiaban lo que vendría al año siguiente. Ese cambio fue acompañado por una campaña de la Triple A rosarina que amenazó de muerte a decenas de profesores de la facultad, obligándolos a renunciar y partir al exilio en muchos

casos. Al mismo tiempo, comenzaron los secuestros de estudiantes, que terminaron en varias oportunidades con asesinatos cuyos autores se desconocía, pero eran fáciles de imaginar.

Todo ello concluyó con la intervención dispuesta por la dictadura genocida de 1976. La facultad -al igual que el conjunto de la Universidad Nacional de Rosario- fue sometida por un dispositivo policial que controlaba sus actividades minuciosamente. Sus cátedras fueron expurgadas de cualquier vestigio de marxismo o pensamiento crítico, y regresaron los viejos contenidos de la universidad de Onganía junto con muchos de sus profesores. Fue necesario esperar la llegada de la democracia -de la mano del alfonsinismo triunfante- para clausurar esa etapa nefasta, la mayor de todas las vividas por nuestra comunidad académica.

Pero la reposición de la universidad liberal-reformista, como ya se dijo, estuvo signada por un pensamiento socialdemócrata que anatematizaba la experiencia radical del peronismo de izquierda. En los años ochenta del siglo pasado en la carrera de Letras se podía leer a Lukacs, Bajtin, Adorno o Barthes, pero no a Jauretche, Scalabrini Ortiz o Hernández Arregui. Menos aún, a poetas como Celedonio Flores, Cátulo Castillo y Homero Manzi.

De esa forma, la experiencia nacional-popular en Letras quedó sepultada por capas sucesivas de silencio con las que se la iba inhumando. Recién con el advenimiento del kirchnerismo resultó posible, aunque fuese solamente en parte, recuperar por medio de investigaciones puntuales algo de todo aquello silenciado en la universidad desde 1983 hasta el presente.

Sin embargo... Sin embargo, se nos ocurre que, por sus viejos pasillos y aulas -que fueron hasta la fundación de la facultad los lugares de un convento religioso-, cuando nadie queda por las noches, o en los períodos de vacaciones, la melodía de *Sur*, o de *Malena*, cantadas por Rivero o por tantos cantores que grabaron registros memorables, deben seguir resonando. Deben seguir resonando porque no hay formación cultural que logre acallarlas, a pesar del tiempo transcurrido, y del ejercicio de olvido practicado -sistemáticamente - sobre su memoria histórica.

Deben seguir resonando, además, porque las voces del pueblo son invencibles y eternas, por más que tanto liberal, que tanto reformista al uso, pretenda, vanamente, borrarlas.

Notas

[1] El 29 de julio de 1966 la Policía Federal desalojó por la fuerza cinco facultades de la Universidad de Buenos Aires ocupadas por profesores, estudiantes y graduados que resistían al gobierno militar de Onganía.

[2] El concepto de *forclusión*, elaborado por Jacques Lacan, designa el mecanismo por el cual un sujeto rechaza un significante privilegiado que no puede inscribirse en el discurso. Cf. Lacan, Jacques (1984): El Seminario. Libro 3. Las psicosis. Barcelona, Paidós.

[3] Los *cultural studies* son una tendencia surgida en Inglaterra, en la década del 60 del siglo XX, en la Universidad de Birmingham. Suponen una visión amplia de la cultura, que incluye su contexto político y social desde una perspectiva que aúna sociología, antropología, filosofía e historia. Entre sus representantes puede nombrarse a Stuart Hall, Richard Hoggart y Raymond Williams.

[4] *Subversivo*, al igual que *marxista* o *apátrida*, eran términos del léxico dictatorial con el que se descalificaba a cualquiera que osara manifestarse en contra de su proyecto político.

Bibliografía

Foster, Ricardo (2013): *La anomalía kirchnerista. La política, el conflicto y la invención democrática*. Buenos Aires, Planeta.